CeDInCI

Movimiento feminista

María Elena Oddone

La vejez en América latina

Los países de América latina, cada cual a su propio ritmo, se hallan en un proceso de transición demográfica. En el siglo XX varios factores han influido recíprocamente para modificar las tasas de fecundidad y mortalidad de tal manera que la estructura por edades de los países está experimentando cambios importantes. El Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) ha dado cifras realmente alarmantes, que prueban que el envejecimiento de las poblaciones es acelerado y no da tiempo a estudiar y tratar de solucionar los ingentes problemas que se crean con ese motivo. Se señala que en 1950 había 8.860.000 personas mayores de sesenta años; en 1975 esa cifra se elevó a 20.140.000; en 1980 había 23.350.000 y para el año 2025 habrá aproximadamente 93 millones de personas mayores de sesenta años.

Ante estas cifras se hace necesario que los países agreguen a sus políticas los temas del envejecimiento de las personas. En un programa social para el futuro habrá que tener en cuenta varias tendencias asociadas con esa transición demográfica. Por ejemplo, que tendrá lugar en un lapso reducido; que las mujeres viven más que los hombres, tendencia actualmente reconocida como universal, y que a medida que aumenta la esperanza de vida habrá más personas que vivirán hasta una edad avanzada que sobrepasará los ochenta años. Una gran proporción de los que se hallan en ese grupo serán las mujeres.

La pregunta que se plantea es si las personas de edad deben ser consideradas como recurso humano o como carga humana. Cada una de estas perspectivas exige energía y gasto social, la primera para crear las condiciones que permiten a los miembros de la tercera edad ser protagonistas del desarrollo de su sociedad, es decir una política de desarrollo social, y la segunda para crear un entorno para apoyar y velar por las personas que no puedan valerse por sí mismas. Ambos aspectos del envejecimiento –el humanitario y el de desarrollo– están intrincadamente relacionadas. Tradicionalmente se ha puesto la atención sobre la perspectiva humanitaria del envejecimiento a expensas de la participación de las personas viejas en el desarrollo social y económico.

• Los viejos y la sociedad

La vejez no es una enfermedad, es una etapa normal de la vida. La manera cómo se envejece y la calidad de la vida en la vejez se relacionan directamente con los recursos intelectuales, sociales, biológicos y materiales acumulados durante el ciclo vital. Esos recursos se vinculan con las relaciones de la persona con el proceso productivo y las oportunidades que se le ofrecen a través del tiempo. Es obvio que las personas de edad viven al margen de la sociedad, no participan en la articulación de sus necesidades básicas ni en los planes para satisfacer esas necesidades, si las hay. Una alternativa que cambiaría esta situación es el desarrollo a escala humana. Esto significa que las soluciones fundamentales de los viejos deben concretarse en el marco del vecindario y la comunidad. El desarrollo a escala humana se asienta sobre tres pilares: Necesidades humanas, autodependencia y articulaciones orgánicas. Así se crearían las condiciones para que las personas de edad elaboraran las soluciones de sus propios problemas, de modo que sean los agentes principales del desarrollo a escala humana. Se lograría la trasformación de una persona-objeto a un sujeto. No se puede pensar en la participación de ellos en el desarrollo de sistemas organizados jerárquicamente, donde las decisiones se toman desde arriba hacia abajo y que son desempeñados por la gente joven. En cambio, a nivel de la pequeña comunidad o del barrio se puede dar a la gente de edad la oportunidad de volcar su experiencia y recobrar la autoestima tan degradada con la jubilación y el trauma de no sentirse útil para nadie. La combinación de lo personal con lo social estimula la autodependencia.

• Autodependencia

Es una condición necesaria que debe fomentarse si se desea tener personas útiles a la sociedad, activos y solidarios, dotados de derechos y obligaciones. En los países desarrollados, la actividad de las personas de edad en los microespacios de la sociedad –el vecindario, la comunidad, la localidad– y en las organizaciones de base vinculados directamente con los gobiernos municipales o regionales han afectado positivamente la calidad de vida de las comunidades.

• Los mitos

Los mitos sobre los viejos se han convertido en la base de las creencias psicológicas y biológicas sobre ellos. Aunque la mayoría de esas creencias son infundadas y de orientación negativas, hay tendencia a ser creídas por la gente joven y por los mismos ancianos. Se cree que los viejos son enfermos, ineficientes, melancólicos, asexuados y que necesitan atención constante. Tales creencias los estigmatizan. Destruir esos estereotipos es un primer paso para considerar a los viejos personas que ya no pueden hacer algunas cosas, pero que pueden hacer otras, y que necesitan que se les dé la oportunidad de demostrarlo. Cuando una persona anciana continúa activa es motivo de admiración cuando debería ser lo normal si los mitos no influyeran tanto en la conciencia colectiva.

• Las mujeres

La vejez de las mujeres latinoamericanas está unida a la condición de pobres. Como viven más años que los hombres, las penurias de la vejez son sentidas un lapso mayor. La gran mayoría no adquirió ningún tipo de especialización por haberse dedicado a la familia, al trabajo del sector servicios o en algún empleo en forma intermitente por los sucesivos embarazos. Llegan a la vejez sin ley de jubilación que las proteja aunque sea modestamente. El trabajo doméstico y la atención de la familia no sirven para reclamar ningún derecho. La vejez no es igual para la mujer que para el hombre. Si está bien, y es necesario, crear programas de desarrollo personal para los hombres ancianos es más importante que las mujeres se capaciten y adquieran experiencia que pueda ser volcada en la comunidad sin sentirse menoscabadas por no tenerla.

La vejez no es un problema social cuando existen soluciones que no requieren grandes erogaciones. La gente mayor debe trasformarse en parte del desarrollo de su sociedad, pero no de cualquier desarrollo sino de aquel que cambie las condiciones materiales en que vive la tercera edad. Se trata de una filosofía de desarrollo basada en la realización de las necesidades humanas fundamentales de los viejos, en la forma en que ellos lo determinen. La libertad, la lucidez no sirven de mucho si no están empleadas en algún objetivo. Tienen valor si se aplican a un proyecto. Si el anciano es activo y útil escapa al tedio y a la decadencia. El tiempo en que vive sigue siendo el suyo, y las conductas agresivas, que son sus características, se diluyen en la acción porque se ha empeñado en empresas que desafían al tiempo. En nuestra sociedad, esa posibilidad es negada a los viejos. Ante la perspectiva de una población con enorme cantidad de ancianos, hay que pensar en el futuro de ellos, que incide en el de toda la sociedad, que ganará más dándoles ocupaciones que manteniéndolos como si fueran inválidos, que no lo son.❑

El Informador
Público
Director: J. Iglesias Rouco
Editor responsable: Francisco Reboredo
Secretario General: Luis Sicilia
KLEIO S.A.
Año 5 - Nº 223
Viernes 4 de enero de 1991